

Dinero y modernidad en Simmel: De la “comunidad vital” a las “comunidades fragmentarias”

Pablo Figueiro *

Resumen

El presente artículo tiene como objetivo indagar la manera en que se encuentra presente la noción de comunidad en la obra sociológica de Georg Simmel, centrándonos particularmente en la forma en que la economía monetaria va configurando las relaciones recíprocas en las sociedades modernas y las consecuencias que conlleva para los círculos sociales y para el individuo. De esta manera, se planteará el paso de la *existencia* dentro de “comunidades vitales” hacia la *participación* en “comunidades fragmentarias”.

Palabras clave: Simmel, dinero, modernidad, comunidad.

Abstract

This article aims to research the way in which the notion of community is presented in Georg Simmel’s sociological work, focusing particularly in the way monetary economy shapes reciprocal relationships in modern societies and the consequences associated to social circles and individuals. Thus, we will rise the passage/transition from existence within “vital communities” to participation in “fragmented communities”.

Key Words: Simmel, money, modernity, community

Simmel y la modernidad

Gracias al dinero, el grupo de la economía natural, pequeño, cerrado y uniforme, se convierte en otro, cuyo carácter unitario se escinde en los dos aspectos de la ampliación y la individualización.

(Simmel, 2002f: 343).

Si bien el binomio conceptual comunidad-sociedad (*Gemeinschaft-Gesellschaft*) estuvo presente en las preocupaciones de la segunda generación de los “padres fundadores” de la sociología, lo estuvo de distintas maneras y con significados y usos variados. Por un lado, ese binomio expresaba la preocupación por comprender la

* Lic. en Ciencia Política (UBA) y Magíster en Sociología Económica (IDAES - UNSAM). Actualmente es becario del CONICET y se encuentra escribiendo su tesis doctoral en Sociología. Es miembro del Centro de Estudios Sociales de la Economía del Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad de San Martín, donde además se desempeña como docente en la carrera de Sociología.

transformación histórica que venía produciéndose en sus respectivas sociedades y que sacudía las formas tradicionales de la vida colectiva. Pero por el otro, no siempre el análisis de dicho proceso se basaba en una percepción nostálgica de la comunidad como un orden perdido, opuesto al desencantamiento y a la creciente racionalización que implicaría el avance de la sociedad y de las modernas relaciones sociales (de Marinis, 2005; 2010). Por el contrario, existía una conciencia de la irreversibilidad de dicha transformación en la que si bien se advertía de los peligros inherentes (anomia, burocratización, explotación, alienación, etc.), también se exponían los componentes más funcionales y éticos que la modernidad traía aparejados. La cuestión era más bien cómo advertir sobre los nuevos peligros antes que lamentar la pérdida de las viejas formas tradicionales.

De esta manera, en autores como Tönnies, Durkheim y Weber (de Marinis, 2005) la comunidad aparece de manera multifacética, siendo una de las herramientas conceptuales que permiten no sólo tipificar históricamente una época pasada, sino también rastrear un tipo de relación particular que se manifiesta incluso en las sociedades modernas, algunas de cuyas variadas manifestaciones podrían observarse en las apelaciones del Estado a los sentimientos patrióticos del pueblo (Tönnies), en la comunidad de los combatientes (Weber), en los grupos profesionales y en los momentos de efervescencia colectiva (Durkheim).

Ahora bien, para el caso de Simmel, se debe aclarar de inmediato que si bien el binomio comunidad-sociedad no se expresa explícitamente bajo dichos conceptos, el proceso de transformación histórica que implica el traspaso de uno a otro es el trasfondo sobre el que se desarrollan sus análisis microscópicos de los lazos primarios (Nisbet, 2003). Pero además, esa transformación se halla explícitamente enunciada como una de las “grandes tendencias evolutivas de la vida social” (Simmel, 2002a: 395). La misma consistiría en que la unidad centrípeta de las pequeñas formaciones sociales va suavizándose y dejando mayores márgenes de autonomía al individuo para el desarrollo de su personalidad. Esta tendencia, afirma Simmel, es “una de las pocas para las que cabe encontrar una fórmula aproximativa general” (ídem), otorgándole así un peso de primer orden para la comprensión del derrotero que va desde las pequeñas comunidades hasta las grandes urbes.

Este desenvolvimiento comienza, según nuestro autor, con círculos pequeños centrados en sí mismos y en cierta medida antagónicos al exterior. Estos agrupamientos mantienen estrechas fronteras que marcan los límites con el afuera y sostienen una fuerte presión centrípeta sobre su unidad interna, siendo diferenciados en relación a otros grupos. En cambio, hacia su interior, los individuos son homogéneos y estrechamente unidos, con escasa diferenciación y reducida libertad de movimiento. A partir de aquí, a medida que el grupo crece numérica y espacialmente y que desarrolla hacia su interior una mayor división del trabajo, se va relajando su unidad y extendiendo la relación con otros tantos grupos que se vuelven menos diferenciados entre sí. Al mismo tiempo, el individuo va adquiriendo una creciente libertad de movimientos y de especificidad en su personalidad, es decir, una mayor diferenciación. De esta manera, “al ampliarse el círculo en que estamos y en el que se concentran nuestros intereses, tendremos más espacio para el desarrollo de nuestra individualidad; pero, en cambio, como partes de este todo, poseeremos menos peculiaridades, pues el grupo social será menos individual” (Simmel, 1939, t. 2: 303). Así se daría el tránsito de la pequeña ciudad de la Antigüedad y de la Edad Media hacia la moderna metrópoli. Pero el mismo proceso sería igualmente válido para formaciones contemporáneas como grupos políticos y religiosos en sus fases tempranas, por lo que no queda anclado a un análisis histórico de las grandes transformaciones sociales sino que además sería una clave de lectura para la vida de cualquier agrupamiento moderno¹.

La comprensión de este proceso debe darse en el marco de la importancia que le otorga Simmel a las cantidades y a los tipos de relaciones que producen. Tanto los pequeños círculos cuanto los grandes grupos presentan características y formas sociales específicas que tienen como condición de posibilidad una determinada amplitud numérica. La cantidad reviste así una doble importancia para nuestro autor. “Primero la negativa: que ciertas formas, necesarias o posibles en virtud de las condiciones vitales, sólo pueden realizarse más acá o más allá de cierto límite numérico de elementos. Y después la positiva: que ciertas formas resultan directamente de las modificaciones cuantitativas que sufren los grupos” (Simmel, 1939, t. 1: 54). En este sentido, y para lo

¹ Cabe destacar que Simmel no presenta este desarrollo como una “ley natural” sociológica, sino como una “fórmula fenomenológica, que trata de condensar en un concepto la sucesión regular de series de acontecimientos que está reunidos regularmente” (Simmel, 1939, t. 2: 303), la cual a su vez no indica ninguna causa última. Para el lector interesado en los argumentos sobre la ampliación de los círculos sociales, puede remitirse al capítulo X de Sociología (1939), tomo II.

que quisiéramos tratar, resulta relevante que, para Simmel, una de las condiciones de la unidad de los grupos muy grandes es la especialización de sus miembros, dado que únicamente la división del trabajo a ella asociada lograría poner en relación mediata a cada uno con el resto, estrechando la dependencia del individuo con el todo y del todo con el individuo, evitando así el riesgo de descomposición (ídem).

Ahora bien, debemos aclarar que Simmel no encajaba exactamente en las concepciones corrientes dentro de los círculos intelectuales de la Alemania de fines de siglo XIX frente a la modernidad. Sin adentrarnos en la historia de la convivencia entre las antiguas instituciones políticas de la Alemania Guillermina y el desarrollo acelerado de su actividad económica, diremos que se observaba el proyecto de la Ilustración con fuerte desconfianza. A las pretensiones (pujantes en Inglaterra y Francia) de un control sobre las fuerzas naturales y humanas bajo el imperio de la razón y la búsqueda de leyes, les oponían un llamado a redescubrir los valores premodernos y los lazos locales y nacionales, en la convicción de que debía seguirse un camino distintivamente alemán en las investigaciones de las ciencias del espíritu (Poggi, 2006). Si bien esto se daba con matices (especialmente entre quienes se dedicaban a las ciencias naturales), bastará este excesivo esquematismo para lo que queremos señalar.

La modernidad, para Simmel, no se presentaba necesariamente como una amenaza, como para muchos de sus colegas, sino que era vista con perplejidad y cierta fascinación, aunque también era consciente de los peligros que traía aparejados y, en este sentido, si bien no era un optimista respecto de sus desarrollos, tampoco podría decirse que caía en un pesimismo cultural. Habiendo vivido casi toda su vida en el centro de Berlín, una ciudad de gran desarrollo demográfico, económico y cultural, no dejaba de indagar con admiración los tipos y formas de sociabilidad propias de esa gran urbe. Fue a la vez un observador sagaz de las ambivalencias y contradicciones que la modernidad producía en la existencia humana: la experiencia del mundo moderno nos remite a una creciente preponderancia de los medios por sobre los fines y al aumento de la distancia (trágica) que se establece entre la cultura subjetiva y la objetiva (Simmel, 2002d, 2002c). Este distanciamiento recuerda a la jaula de hierro weberiana, aunque de hecho sea el mismo Weber el que se apoye en el elemento neokantiano del análisis de Simmel para hablar de la paradoja de la racionalización (Habermas, 2002; Ramos Torre, 2000; Gil Villegas, 1997). Pero a pesar de ese componente trágico, nuestro autor no deja

de impregnar sus escritos –especialmente los últimos– con un vitalismo que se expresa en la categoría de *sociabilidad*, es decir, las formas de *estar-con-otros* como un fin en sí mismo, y en la expectativa de un futuro en el que estas formas se desplieguen de maneras múltiples e impensadas (Vernik, 2009). La modernidad, entonces, aparece como un fenómeno bifronte: el incremento de una mayor libertad personal iría de la mano con una mayor fragmentación de las esferas de la vida y una pérdida de los fines últimos de esta.

El dinero, la ampliación de los círculos y el despliegue de la individualidad

Como sostiene Poggi, *Filosofía del dinero* [1900] puede ser considerado como el aporte más sostenido de Simmel en el intento por evaluar la naturaleza de la sociedad moderna misma (2006: 137). En efecto, el lugar que le otorga nuestro autor al dinero dentro de la modernidad hace del mismo un hilo conductor privilegiado para el análisis de las diversas facetas que aquella presenta, puesto que en definitiva las sociedades modernas y sus singularidades se verían modeladas en todas sus manifestaciones por las características de una economía monetaria.

El sello distintivo de la modernidad, para Simmel, radica en la individualización y en la racionalización sin precedentes de las relaciones sociales, y en este sentido revelaría potencialidades humanas que no podían expresarse en las sociedades premodernas. Esta caracterización entraña ya una fuerte carga positiva, puesto que dejaría al descubierto capacidades intrínsecas pero aún no manifiestas de los hombres que saldrían a la luz con el proceso de modernización. Pero a diferencia de Tönnies, Durkheim o Weber, dicho proceso y la consecutiva desaparición de los lazos comunitarios son analizados centrándose en el desarrollo de la economía monetaria y en la creciente abstracción del dinero (de Blic y Lazarus, 2007). En el curso de la historia, el dinero se va liberando de sus cualidades puramente materiales, concretas, y pasa cada vez más a convertirse en signo hasta llegar a ser el código universal del valor, pero no ya para ser representante de este, sino, nos dice Simmel, para ser valor él mismo. Representante de todos los objetos, deviene fuente de deseo transformándose, de esta forma, de medio en fin absoluto.

Pero *Filosofía del dinero* no se trata de una historia de la evolución del dinero. Si bien utiliza episodios limitados en el tiempo y en el espacio, lo hace para ejemplificar la

lógica de su desarrollo, en el que actúan y se determinan mutuamente tanto factores psicológicos y culturales cuanto materiales. Así lo afirma en la introducción a dicha obra, al señalar que metodológicamente se trata de

echar los cimientos en el edificio del materialismo histórico de forma tal que se mantenga el valor explicativo de la importancia de la vida económica en la causación de la cultura espiritual y, al mismo tiempo, se reconozca a las formas económicas como resultado de las valoraciones y corrientes más profundas, de presupuestos psicológicos y hasta metafísicos (1977: 12).

Pero a los fines de este trabajo, deberemos concentrarnos en sólo algunos de los muchos aspectos que se tratan en el conjunto de la obra. En su capítulo IV, llamado “La libertad individual”, se analiza el derrotero por el cual la economía monetaria aumenta los grados de libertad de la persona a través de una multiplicación de las interdependencias entre las funciones. Resumiremos brevemente la exposición.

Históricamente –aunque no necesariamente de una manera consecutivamente ascendente– existieron distintos grados de libertad relacionados con el cambio de obligaciones frente a otras personas y, más precisamente, con la despersonalización de esas obligaciones. Así, durante la esclavitud la obligación afectaba al mismo trabajador y no solamente a su trabajo, puesto que son todas las fuerzas del sujeto –es decir, el sujeto mismo– las que se hallaban bajo el dominio del amo. Un segundo estadio se da en cuanto los servicios empiezan a limitarse temporalmente, es decir, a determinados momentos, alcanzando su mayor grado cuando en lugar de exigir un tiempo y una fuerza de trabajo particular se exige un producto determinado. Finalmente, el tercer estadio se da cuando el pago en especie es sustituido por el pago en dinero, separándose de esta manera completamente la personalidad del producto. De manera que el grado máximo de libertad se alcanza cuando las obligaciones se saldan en dinero, no importando cuál sea el origen del mismo y, por esto mismo, no implicando ninguna actividad en particular. El rasgo esencial de este proceso es entonces la disociación entre la personalidad y la función, por lo que las relaciones sociales pasan a constituirse como relaciones entre funciones, mediadas por el dinero, y ya no como relaciones entre personas (Bilbao; 2000).

Ahora bien, Simmel nos dice que lo que convierte al ser humano en una personalidad irremplazable no es que sea esto o lo otro, sino que es esto y lo otro al mismo tiempo. Esta personalidad se diluye por completo en las condiciones de la moderna economía monetaria:

El proveedor, el capitalista y el trabajador, de los que el sujeto es dependiente, no actúan en absoluto como personalidades, debido a que sólo participan en la relación aportando únicamente uno de los rasgos: que proveen mercancías, facilitan dinero o prestan trabajo, mientras que sus otras determinaciones carecen de importancia (Simmel, 1977: 354).

Se da así un proceso tendencial (no concluido) de objetivación de las dependencias recíprocas de los seres humanos de acuerdo a sus funciones, pero que al mismo tiempo independiza a las personalidades que se encuentran detrás de las mismas. Si la creciente división del trabajo lleva a aumentar el número de dependencias recíprocas, por otro lado hace desaparecer a las personalidades en lo que respecta a esas dependencias. Los sujetos importan en tanto que capitalistas, proveedores, trabajadores o funcionarios, quedando las demás facetas de su personalidad que en conjunto la constituyen al margen de las dependencias concretas con tal o cual persona.

Paradójicamente, si en economías anteriores el hombre tenía un número menor de dependencias, las tenía en forma de lazos personales, mientras que en la moderna economía de mercado la especialización creciente nos vuelve mucho más dependientes de la totalidad de la sociedad para nuestra subsistencia, pero brindándonos al mismo tiempo márgenes muchos más amplios de libertad personal. La importancia de la persona se ha transferido a la objetividad de su prestación, lo que la vuelve reemplazable por una cantidad de individuos que pueden ser personalmente muy distintos. Esto es posible porque lo que une a todos, más allá de las diversas personalidades, es el interés común por el dinero. De esta forma, la economía monetaria es el terreno favorable para “la independencia interior y el sentimiento del ser-para-sí individual” (ídem: 357). Esta dependencia de las funciones e independencia de las personalidades se debe a las características del dinero, cuya objetividad, flexibilidad, divisibilidad y movilidad absoluta, permiten el desarrollo de relaciones impersonales (es decir, relaciones entre funciones) en las que actúa como mediador, manteniendo el equivalente exacto de las prestaciones objetivas y la independencia entre el ser y el tener.

Pero la economía monetaria no sólo vuelve más independiente al individuo respecto del grupo, sino que traza nuevos objetivos y nuevas formas de vinculación de los individuos al interior de las organizaciones. En la medida en que la asociación medieval comprendía no sólo profesionalmente al individuo, sino también los aspectos políticos, religiosos, comunicacionales, etc., se trataba de una “comunidad vital” que

englobaba todos los aspectos de las personas. El desarrollo de la economía monetaria permite por el contrario la proliferación de asociaciones que, ya sea que se reúnan con el único interés del dinero o que requieran meramente el aporte monetario de sus participantes, en ningún caso se plantea la necesidad de una vinculación personal entre ellos. Así, “el dinero ha facilitado la oportunidad de unirse con otras personas sin tener que ceder nada de la libertad o la reserva personales” (ídem: 418). Este tipo de organizaciones llega a su cima en el establecimiento de la economía monetaria con lo que Simmel llama “comunidad patrimonial pura”, es decir, aquella en la que los miembros participan mediante una parte de su propiedad y no como personas, constituyendo así un patrimonio comunal que se objetiva en una unidad autónoma con entidad jurídica.

Vemos entonces el recorrido por el cual las comunidades tradicionales se van diluyendo en favor de la moderna sociedad, que al mismo tiempo alberga comunidades de un tipo muy distinto: aquellas en las que el individuo se mantiene aislado en sus relaciones personales.

Únicamente el dinero podía dar lugar a semejantes comunidades, que no presuponen la integración total del participante individual; únicamente el dinero ha desarrollado la mancomunidad hasta su forma más pura, esto es, aquel tipo de organización que unifica lo impersonal en los individuos a favor de una acción y que nos ha proporcionado la posibilidad de aprender cómo las personas pueden unirse con reserva absoluta de todo lo personal y específico. La influencia disgregante y aislante del dinero no es solamente condición y paralelo generales de aquella otra tendencia conciliadora y unificadora, sino que, también en los casos históricos aislados, el dinero ejerce una influencia al mismo tiempo disolvente y unificadora (ídem: 421).

El dinero vuelve así al individuo sobre sí mismo dejando el ámbito de las relaciones personales y afectivas –más vinculadas a las comunidades tradicionales– para los pequeños círculos de la familia y la amistad, o bien para las entidades trascendentes como la patria o la humanidad. Pero al mismo tiempo, debido a su movilidad absoluta, es el lazo que une la mayor extensión del grupo social con independencia de las personas que participen en él. En este sentido, Simmel plantea una estrecha relación entre el dinero y la extensión del grupo, mediada por el concepto de propiedad. Los pequeños círculos de la economía “natural” tienden a una propiedad comunitaria, que entra en contradicción con una ampliación de las partes intervinientes. Cuando el número se torna muy elevado, la propia técnica administrativa se vuelve tan complicada y conflictiva que entra en contradicción con la propiedad colectiva. La propiedad

privada se presenta entonces como la consecuencia necesaria de esta contradicción surgida del aumento cuantitativo del grupo. El dinero, en este escenario, se convierte en el vehículo de aquella expansión y habilita libremente la multiplicidad de relaciones de cambio.

Llegamos así a la transformación de las antiguas comunidades “vitales” –en las que transcurría la existencia de la totalidad de la persona– en la moderna organización de los amplios círculos comerciales. El dinero, a pesar de –o precisamente por– la individuación que opera, permite la constitución de asociaciones de individuos que si no fuera por el interés común que los une jamás se pondrían de acuerdo. Esto se explica por la singularización e independencia de sus elementos. La disgregación afecta a las comunidades y dificulta la colectivización interna y externa de individuos que ahora se hallan diferenciados. Pero al mismo tiempo, esa disgregación permite la organización de intereses iguales en una organización colectiva, independientemente de las divergencias personales que existan. “Simplificando mucho, podemos decir que el círculo pequeño se mantiene gracias a la igualdad y la unidad y el grande merced a la individualización y la división del trabajo” (ídem: 428).

Por lo anterior, podemos ver que el dinero posibilita el desarrollo de las sociedades modernas en tanto es el lazo que atraviesa toda su extensión. Si hay sociedad (en el sentido de *Gesellschaft*, opuesta a la “comunidad vital”) es porque el dinero permite una estructuración de la misma tal que, frente a las distintas personalidades y subjetividades que la integran, sea posible no obstante su pertenencia al conjunto. Mediante la categoría de profesión –que involucra las aspiraciones más personales por posicionarse en una función determinada dentro de la sociedad–, el individuo puede desarrollarse en tanto tal sintiéndose al mismo tiempo perteneciente al todo (Simmel, 2002b). Pero esto solo es posible por la cadena de causalidades y dependencias recíprocas que el dinero moviliza y configura y porque, como vimos, ofrece la posibilidad de ocupar funciones objetivadas sin involucrar la personalidad, dando no obstante la sensación de armonía con el todo mediante la profesión.

Así, la economía monetaria expande un orden calculable en el que la potencial conflictividad, derivada de la relación entre las diversas subjetividades, se disuelve en el orden objetivado de las cosas que el dinero expresa (Bilbao, 2000). La “objetividad despiadada” del valor monetario impregna y relaciona todas las cosas, cohesionando así

la sociedad mediante lazos impersonales², siendo al mismo tiempo “la expresión más pura y acabada del orden individualista” (Orléan, 1992). La ambivalencia del dinero consiste en que la expansión de la esfera de los intercambios hace pasar de un estado caracterizado por las interacciones directas de persona a persona (diríamos el de la “comunidad vital”), a uno en el que el dinero, en tanto representante de la totalidad social (por ser el lazo común), se presenta como el mediador de las relaciones interindividuales (ídem: 92) y el lenguaje común de los deseos, siendo asimismo la expresión de la cohesión del grupo. Pura mediación e individuación, es al mismo tiempo expresión de la confianza en el grupo que ayuda a cohesionar. En este sentido, se aleja cada vez más de la substancia que lo soporta para presentar con mayor intensidad su realidad simbólica: no es en su sustrato material en donde debe buscarse la eficacia del dinero, sino en el grupo mismo en el que se desarrollan los intercambios, de los cuales él es una promesa de continuidad.

En este sentido, Simmel señala que incluso en las monedas metálicas lo esencial no es la fuerza probatoria de sus substancias objetivas, sino “el complemento integral de la fe, sin la cual, las monedas más importantes, en la mayoría de los casos no pueden cumplir sus funciones” (1977: 188-189). De esta manera, todo dinero sería dinero crediticio en tanto se sustenta en la confianza en la continuidad del ciclo económico, en la creencia de que el dinero que se recibe será aceptado por un tercero a cambio del mismo valor. Pero esta creencia, nos dice Simmel, es un “saber inductivo debilitado”, generado por la propia experiencia y que es la misma que se halla en el conjunto de la vida social. Junto a dicha confianza, el dinero presenta a su vez una “fe suprateórica”, asimilable a la creencia religiosa³: se trata de “una fe social y psicológica” en la sociedad, en que la promesa de crédito que la posesión de la moneda implica es garantizada por ella. En efecto, “[e]l sentimiento de seguridad personal que ocasiona la posesión del dinero es seguramente la forma y expresión más concentradas y aguzadas de la confianza en la organización y el orden estatales y sociales” (Simmel, 1977: 190).

² Esta caracterización del dinero como impersonal y despojado de afectividad, será cuestionada por una serie de trabajos novedosos sobre los distintos “marcajes” morales que el dinero recibe de acuerdo a las relaciones sociales en las que circula (Zelizer, 1994, 2009). Para una bibliografía más extensa de estos trabajos ver de Blic y Lazarus (2007) y Zelizer (2008).

³ No es arriesgado señalar las confluencias que podrían rastrearse entre esta fe suprateórica, asimilada a la fe religiosa por Simmel, y los orígenes sagrados de la noción de moneda que remarcará Mauss (1971) casi quince años después.

En la medida en que simboliza una relación entre objetos, la mutua intercambiabilidad de los mismos y una promesa de este hecho hacia el futuro, el dinero es fundamentalmente confianza. Pero esa confianza no se da en el vacío, sino que se halla ligada a la sociedad que contribuye a totalizar. Podríamos decir que es la dimensión política la que le asegura la ampliación de su aspecto funcional y simbólico, en la medida en que

el dinero va siendo, progresivamente, una institución pública en un sentido cada vez más estricto del término y (...) únicamente consiste en lo que el poder y las instituciones públicas, así como las formas y garantías de circulación aceptadas por la comunidad, hacen de él y cómo lo legitiman (Simmel, 1977: 197).

Las fuerzas centralizadas del círculo social más amplio (la sociedad), ocupan el lugar que antes ocupaba la importancia del metal como garante del valor funcional, convirtiéndose en puro símbolo: “El valor del dinero descansa sobre su seguridad, cuyo vehículo, el poder político central, al aumentar de importancia, hace disminuir la inmediata del metal” (1977: 197).

En esta línea interpretativa, siguiendo el argumento de Orléan sobre Simmel, podría decirse que es el grupo el garante de la moneda. El dinero es una promesa de que se podrá adquirir bienes en el futuro sin importar su productor. Ahora bien, el garante de dicha promesa es la sociedad en su totalidad, puesto que la fuerza de esa obligación se encuentra estrechamente vinculada a la cohesión del grupo y al vigor de las relaciones que lo constituyen en tanto que comunidad (Orléan, 1992: 92). Vemos así la relación que se establece entre legitimidad de la moneda, confianza y cohesión social, temas que han sido trabajados por la escuela regulacionista francesa con sendos sustentos teóricos.⁴

Pero la fecundidad de Simmel (una de las tantas) radica en que podía observar las ambivalencias de los fenómenos que estudiaba. Que el dinero una la mayor extensión del círculo económico no invalida el hecho de que nos encontramos frente a un panorama de individualismo, como vimos, y de relaciones sociales regladas por el cálculo y la impersonalidad, en la que las relaciones monetarias, con su neutralidad afectiva, se extiende a la propia cultura. Siendo la cualidad del dinero su cantidad y no alguna otra cosa sustantiva, se convierte en la vara con la cual medir la intercambiabilidad de las cosas. Esto suscita un proceso mental distintito: el cálculo

⁴ Al respecto pueden verse Aglietta y Orléan (1990); Théret (2008); Lordon y Orléan (2007).

numérico⁵, cuya ampliación hacia las relaciones entre individuos manifiesta, en Simmel, aristas perniciosas para los vínculos sociables. En este sentido, considera que

[e]l dinero no es jamás mediador adecuado para una relación entre seres humanos que, por razón de su esencia, precisa de la duración y la sinceridad interna de las fuerzas vinculantes, cual es el caso de la relación amorosa auténtica, por rápidamente que se rompa (1977: 466).

Lo que quisiéramos mostrar ahora es justamente la contracara del proceso que Simmel describe en el capítulo IV, peligros de los que era bien consciente y a los que se refiere en el capítulo V y VI de su obra.

Objetivación y cuantificación de las relaciones sociales

La sociedad, para Simmel, no constituye en sí misma una entidad real preexistente y exterior a los individuos, como en el caso de Durkheim; pero tampoco se reduce a una mera suma de individualidades. Es más bien de la suma de las *interacciones* –ya sean duraderas o efímeras– de donde emerge aquello que denomina sociedad como concepto abarcativo:

No hay sociedad absoluta en el sentido de que fuera necesario previamente su supuesto para que surjan los diversos fenómenos de enlace; pues no hay acción recíproca absoluta, sino diversas clases de ella, cuya aparición determina la existencia de la sociedad, y que no son ni causa ni consecuencia de ésta, sino la propia sociedad (Simmel, 2002e: 98).

No obstante, no es menos cierto que en un nivel histórico-filosófico (y no en el de su sociología formal), la sociedad también se presenta para Simmel como una estructura social que se autonomiza y actúa sobre los individuos. Esto tendría lugar dentro del proceso más amplio de desarrollo de la cultura objetiva, que adopta una preponderancia cada vez mayor por sobre la cultura subjetiva (Simmel, 2002a). La primera se refiere al desarrollo de producciones que generación tras generación van conformando una masa objetivada de acervo cultural, producciones que se van autonomizando al punto de convertirse en poderes extraños: la filosofía, el derecho, el arte, las técnicas de producción, etc. Por su parte, la cultura subjetiva se trata de la capacidad de absorber

⁵ Si bien Simmel indica que “únicamente la economía monetaria ha incorporado a la vida práctica ... el ideal de una calculabilidad numérica”(1977: 558), y que “la superestructura de las relaciones monetarias impone sobre la realidad cualitativa la imagen interna de la misma según sus propias formas” (ídem: 559), matizará esta relación en “La metrópolis y la vida mental” [1908], al precisar que “nadie sabría decir si primeramente aquella constitución anímica, intelectualista, exigió la economía monetaria o si ésta fue el factor determinante de aquélla. Sólo es seguro que la forma de la vida metropolitana es el suelo más abonado para esta interacción” (2002a: 391).

tanto como de producir por parte de los individuos esa masa de elementos. Pero en lugar de que el espíritu (o cultura) subjetiva sea el resultado y al mismo tiempo la causa de la cultura objetiva, nutriéndose mutuamente, lo que sucede es que ésta última se va objetivando y autonomizando cada vez más hasta constreñir los procesos creativos del alma, quitando toda coloración y volviendo rígido el impulso vital de las personalidades, vaciando así todo sentido y todo reconocimiento de las personas en los objetos. La vida entra en contradicción con las formas, de las cuales intenta escapar.

El lugar del dinero en este proceso es central: permitiendo una serie infinita de intercambios en base al cuánto, sienta las bases para una objetivación sin precedentes de las relaciones sociales y de los productos culturales en base a su dimensión cuantitativa. Al ser una de las principales (si no la principal) instituciones sociales modernas que conforman la cultura objetiva, goza de un lugar paradigmático, puesto que se independiza de su propietario y “realiza su función según fuerzas y normas que no son idénticas con las de” (Simmel, 1977: 405) aquél. Junto con el dinero, la división del trabajo y la especialización de las relaciones sociales en las grandes urbes, se intensifica la tragedia en la que se desenvuelve la dualidad de la cultura moderna (Ramos Torre, 2000).

El reverso de la mayor libertad que otorga el dinero y la vida en las grandes urbes, es:

el no sentirse en determinadas circunstancias en ninguna otra parte tan solo y abandonado como precisamente entre la muchedumbre metropolitana... Pues aquí, como en ningún otro lugar, no es en modo alguno necesario que la libertad del hombre se refleje en su sentimiento vital como bienestar (2000a: 399).

Vemos ya el otro costado de la modernidad al que Simmel no es ajeno, pues es consciente de que el dinero ofrece la paradoja de que une a los hombres separándolos unos de otros (de Blic y Lazarus, 2007). En la medida en que el dinero mismo deviene fin, cada objeto pierde toda significación y todo se transforma (sujetos y objetos) en una cadena de medios. “Todas [las cosas] nadan con el mismo peso específico en la constantemente móvil corriente del dinero, residen todas en el mismo nivel y sólo se diferencian por el tamaño del trozo que cubren en éste” (Simmel, 2000a: 393). Si por un lado el dinero se interpone entre los hombres y las cosas, volviendo más independientes a aquellos respecto de estas, por otro lado la creciente indiferencia y apatía obliga a buscar la solidez que no encuentran en sí mismos en los objetos, por lo que los

individuos terminan siendo más dependientes de las posesiones concretas (Martuccelli, 1999).

Aquella comunidad que era expresión de cercanía espacial y vital, que integraba a toda la personalidad (y por ello mismo la oprimía), se va desdibujando cada vez más para el hombre moderno. Las relaciones de este

con su medio evolucionan de tal modo que aquél hace retroceder progresivamente los círculos más próximos, a fin de acercarse a los más alejados. La debilitación creciente de la cohesión familiar, el sentimiento de una angostura insoportable en la vinculación al círculo más próximo, frente al cual la entrega produce los mismos resultados trágicos que la liberación, la importancia creciente de la individualidad, que se diferencia con la mayor claridad del medio inmediato, todo este distanciamiento corre paralelo con el establecimiento de relaciones con lo más alejado, el surgimiento del interés por lo más remoto, la comunidad de pensamiento que se establece con círculos cuyas vinculaciones sustituyen a toda cercanía espacial. ... [L]a conversión de los valores monetarios posibilita aquellos vínculos de interés que ya no se preocupan en absoluto por la distancia espacial de los interesados. ... No obstante, parece más importante la función del dinero como vehículo de las tendencias opuestas. Aquella debilitación de los vínculos familiares (...), se produce en función de los intereses económicos especiales de los miembros aislados, lo que únicamente es posible en una economía monetaria. ... Al facilitar la relación individual con el exterior, esto es, la entrada en círculos extraños que únicamente se interesan por la realización o la aportación pecuniarias de sus miembros, la economía monetaria convierte a la familia en la contradicción manifiesta de aquella otra estructura que ésta tenía gracias a la forma más colectiva de la posesión, especialmente de la propiedad del suelo. ... Por encima de la vida de la familia existen otras formas de la existencia moderna, cuya razón de ser es el distanciamiento por medio de la circulación monetaria; ya que ésta constituye un obstáculo entre las personas, en la medida en que solamente una de las dos partes recibe lo que realmente quiere, lo que estimula su sensibilidad específica, mientras que la otra que, en principio, únicamente ha recibido dinero, tiene que buscar lo que desea por medio de un tercero (Simmel, 1977: 601-602).

Así, las sociedades anónimas pasan a ser el modelo prototípico de las asociaciones modernas, formas impersonales y, valga la redundancia, anónimas de relación, por sobre las anteriores configuraciones con las que entra en contradicción. Las relaciones entre los hombres se reducen cada vez más a la importancia monetaria que cada uno reviste para el otro. Y estando la parte de su personalidad que corresponde a su prestación económica individualizada dentro de ella⁶, queda el resto libre de vincularse a quienes quiera, conformando las asociaciones que estén en su voluntad, ampliando así

⁶ “Decíamos más arriba que el dinero separa la prestación económica de la totalidad de la personalidad, pero la prestación sigue siendo una parte de tal personalidad, mientras que ésta ya no es su propia totalidad, sino solamente la suma de aquellos contenidos y energías psíquicos que quedan tras la separación de los económicos. Así, se puede decir que la influencia del dinero es una atomización de la personalidad aislada, esto es, una individualización dentro de ella” (Simmel, 1977: 416).

la distancia espacial. Sin embargo, el dinero se encuentra presente no sólo en las asociaciones cuyo fin es el enriquecimiento: “Posiblemente, hoy día no haya una sola asociación de seres humanos que, en su totalidad, no comprenda algún tipo de interés monetario, aunque no sea más que la necesidad de alquilar un local para una asociación religiosa” (ídem: 421). Si no hay ámbito que no esté de alguna manera atravesado por la frialdad cuantitativa del dinero, queda entonces la pregunta por el tipo de vínculos que puedan desplegarse desde lo más personal del hombre en nuestras sociedades.

La fragmentación de la vida moderna

Si los objetos representan un límite para nuestra libertad, en tanto tienen una forma, un contenido, una materialidad exterior a nuestro Yo que nos coacciona, el dinero supera esa dificultad dándonos total libertad... pero se trata de una libertad negativa, puesto que es una libertad **frente a algo**, no **para algo**. “Debido a que la libertad que da el dinero es, solamente, una libertad potencial, formal y negativa, su intercambio por contenidos vitales positivos –si ningún otro, procedente de otras partes, ocupa los lugares vacantes– implica la venta de los valores de la personalidad” (ídem: 502), lo que habilita la conocida comparación que realiza Simmel entre el dinero y la prostitución⁷.

Vemos una cercanía en la proposición a la perspectiva que Marcel Mauss dará en su *Ensayo sobre el don* [1924]: si las cosas tienen un *hau*, enajenar las cosas implica enajenar algo de nosotros mismos. Simmel lo dice en estos términos:

[M]erced al dinero, el hombre se libera del aprisionamiento en las cosas; sin embargo, por otro lado, el contenido, la dirección y la determinación de su Yo son tan solidarios con las posesiones concretas, que la venta y cambio continuo de las mismas, incluso la mera posibilidad de la venta, a menudo implica una venta y una erradicación de valores personales (1977: 504).

Si la propiedad es una extensión del Yo, el dinero implica por un lado una extensión infinita de ese Yo en cuanto puede acceder a cualquier objeto o prestación, pero a su vez lo vacía de contenido (de su persona) en tanto el único fin culmina siendo el dinero, aquello que justamente se define por no tener contenido. El fetichismo de la

⁷ “La indiferencia con que aquél [el dinero] se presta a todo tipo de empleo, la infidelidad con la que se separa de cada sujeto, porque no estaba vinculado a ninguno, la objetividad, que excluye toda relación íntima y que le da su carácter de puro medio, todo esto justifica una analogía adecuada entre el dinero y la prostitución” (Simmel, 1977: 466).

mercancía analizado por Marx para el contexto del capitalismo, se extiende en Simmel a toda la sociedad⁸. La economía monetaria lleva a un intercambio creciente y a que se esté más dispuesto a vender que a comprar, incluso para aquellos objetos que no se han hecho para la venta, como luego dirá Polanyi acerca de las mercancías ficticias. En este punto, Simmel declara que la vinculación entre la economía moderna y las tendencias del liberalismo se hallan en conexión profunda, puesto que aquella implica procesos de liberación, pero que al mismo tiempo la mencionada libertad liberal se encuentra en el origen de inestabilidad, confusión e insatisfacción (ídem: 503).

Lo que le preocupa a Simmel es la falta de sentido que todo esto finalmente entraña. El dinero se convierte en fin, pero no tienen ningún contenido específico más allá de su cantidad, que es lo que lo define. La apatía invade las vidas modernas, imbuidas en los intercambios interminables que persiguen la esperanza de satisfacción que dará una nueva venta. Pero esto es arar en la arena, nos dice el autor, puesto que el “sentido y significación de la vida vuelve a escapársenos de la mano” (ídem: 503) con cada nueva operación. La existencia se vuelve fragmentaria e insuficiente, debiendo el individuo él mismo construir su propio sentido frente al hastío.

Pero no deja de ser cierto que a pesar del relajamiento de las relaciones familiares vinculadas a las crecientes vinculaciones monetarias con círculos extraños y cada vez más amplios, los individuos mantienen su pertenencia a una heterogeneidad de grupos sociales, incluso con propósitos contrapuestos y hasta con universos morales en pugna. Sin embargo, en ninguno de ellos la personalidad se muestra completamente, puesto que se halla mediada por una categoría que la refleja sólo parcialmente: “Dentro de un círculo ligado por la comunidad de profesión o de interés, cada miembro ve al otro, no de un modo puramente empírico, sino sobre el fundamento de un *a priori* que ese círculo impone a todos los que en él participan” (Simmel, 2002b: 83), es decir, bajo el supuesto de que la persona es un miembro del círculo. “No vemos a los demás puramente como individuos, sino como colegas, o compañeros, o correligionarios; en una palabra, como habitantes del mismo mundo particular” (ídem). Este “velo” de la generalización es justamente el que permite las relaciones sociales en un mundo

⁸ A pesar de las diferencias notables, El Capital de Marx es una de las pocas obras citadas a lo largo de Filosofía del dinero. Como señala Vandenberghe (1997), puede admitirse que la obra de Simmel no podría haber sido escrita sin El Capital. Para las relaciones entre Marx, Simmel y Weber en torno a la temática de la alienación, puede consultarse el mencionado autor.

socialmente muy diferenciado, puesto que otorga, a través de la mirada del otro, la posibilidad de socialización en tanto toma un aspecto de la persona y lo funde con el del círculo común. La imagen que tenemos es sólo una parte de la individualidad, mas no su totalidad.

Las comunidades modernas pueden pensarse entonces, como hechas de fragmentos, de partes colindantes, “fragmentarias”, y no de las totalidades que la noción de persona implica. Pero por este mismo hecho es que se tiene la libertad de participar en una multiplicidad de círculos y de ámbitos sin caer en la estrechez de ninguno de ellos, construyendo la personalidad a través de esa heterogeneidad. Volvemos una vez más a la fuerza de la dualidad que el análisis de Simmel nos propone para pensar los fenómenos sociales.

Si al principio la familia es para nuestro autor el círculo primario de asociación, encerrando un número de individualidades estrechamente ligadas pero diversas, progresivamente los individuos se van relacionando con personalidades que están fuera de dicho círculo, en función de una igualdad objetiva de disposiciones, inclinaciones, actividades, etc. (Simmel, 1939, t. 2: 8), aquello que, retomando a Goethe, llama *afinidades electivas*. Dentro de la tendencia general hacia una mayor libertad, estas nuevas asociaciones no suprimen la sujeción, pero se “concede libertad para elegir el grupo al que se ha de estar sujeto” (ídem: 9). De esta forma, conforme se avanza en el desarrollo de las sociedades, los grupos sociales se van multiplicando y “[e]l número de los diversos círculos en que se encuentra comprendido el individuo, es uno de los índices que mejor miden la cultura” (ídem: 15). Esto se debe a que los individuos se convierten en herederos de la historia particular de cada grupo al que pertenece, transmitiendo dicha apropiación al resto de ellos, lo que contribuye al enriquecimiento de la cultura en su conjunto (Watier, 2005).

Como dijimos, la diferencia entre los círculos previos y los modernos, radica en que en aquellos el hombre pertenecía a un círculo inmediato dentro de un modelo concéntrico que aglutinaba toda su personalidad, al hombre en todos sus aspectos, como en el caso de los gremios o del sacerdocio, y en este sentido el hombre *existía* dentro de esas comunidades. Por su parte, en las uniones modernas los individuos *participan* de las mismas en tanto individualidades, con la libertad de elegir el número y el carácter de los círculos que deseen: las distintas afiliaciones son voluntarias y coexistentes. Esta

diferencia entre *existencia* y *participación* denota ya la dilución del círculo como totalidad que engloba a la vida, pasando hacia una fragmentación y heterogeneización de los ámbitos por los cuales transita sincrónicamente. El hombre ya no integra un grupo en función de su pertenencia primaria a otro círculo, sino en tanto individuo. De aquí resulta que la adscripción a los diferentes círculos forma un “sistema de coordenadas”, puesto que cuanto más grande sea la cantidad de grupos a los que se pertenezca, menor será la probabilidad de que se repita la combinación, ampliando así indefinidamente la posibilidad de la individuación. El cruce de los distintos grupos de los que el individuo es la intersección, le da un relieve particular destacando lo que de singular tiene. La personalidad que surge de dicho cruce es de una naturaleza más alta, puesto que es más consciente de sí misma, de su unidad personal -es decir, del Yo- (ídem: 18), justamente por el hecho de que al afrontar diversas y múltiples experiencias contradictorias, lo que ha perdido en seguridad lo gana en determinación.

Ahora bien, una particularidad del desarrollo de los círculos sociales es que ofrecen tanto una aproximación al colectivismo cuanto al individualismo. Si por una parte el individuo encuentra para cada una de sus aficiones y aspiraciones una comunidad que le ofrece los medios para la satisfacción de las mismas, por el otro, esa multiplicidad de círculos y su combinación aseguran la especificidad de la individualidad. En la misma proporción, si bien el individuo va perdiendo muchos de los apoyos que antiguamente le venían dados en los grupos “orgánicos” como la familia, la multiplicación de las pertenencias compensa el subsiguiente aislamiento de la personalidad que dicho proceso de diferenciación implica (ídem: 31-32).

Como sugiere la cita que encabeza este trabajo, es el dinero el que posibilita a la vez esta ampliación y esta individuación, siendo el eje impersonal y directo que recorre toda la sociedad moderna y la amalgama de los múltiples círculos, asociaciones y grupos de los que forma parte un individuo más allá de los fines específicos que se persigan. Operador de la “totalidad social”, al decir de Orléan, el dinero es a la vez la fuente de la fragmentación que otorga una mayor libertad y el común denominador de círculos cada vez más amplios y lejanos en el espacio, posibilitados a su vez por el proceso de intelectualización y de abstracción que la economía monetaria fomenta.

Por un lado, estos crecientes espacios implican en principio formas de asociación, pero no necesariamente una sociabilidad, es decir, un *estar-con-otros* por fuera las

relaciones estrictamente funcionales. Pero por otra parte, las asociaciones religiosas, políticas, económicas, más allá de sus contenidos concretos, nos dice Simmel en una de sus últimas obras propiamente sociológicas, “van acompañadas por un sentido por ellas, de una satisfacción por el hecho de estar socializado, por el valor de la formación de la sociedad como tal”, de manera que “«el impulso de sociabilidad», en su actividad pura, desprende de las realidades de la vida social el puro proceso de socialización como un valor y una forma de felicidad, y a partir de ellos constituye lo que llamamos sociabilidad en sentido más estricto” (Simmel, 2002g: 82). Así, el valor de la asociación en cuanto tal se independiza de su contenido concreto, extrayendo su sustancia de las diversas formas en las que los hombres se relacionan entre sí, pero sin fin último, ni contenido, ni resultado fuera de la propia sociabilidad, resolviendo de esta manera la soledad del individuo en la unión con otros.

Palabras finales

La posibilidad de formas siempre novedosas de sociabilidad sin ningún cálculo teleológico se presenta como el *conatus* vitalista de la obra de Simmel, pero no hay una síntesis superadora en ella. Despojados al tiempo que liberados de las viejas comunidades de antaño, es posible encontrar pequeños nichos de sociabilidad dotados de sentido. Pero la comunidad moderna no puede más que contentarse con retazos, fragmentos, puesto que si opera una doble tendencia de individuación y de uniformización, la posibilidad de experiencias en la que coexistan la libertad y el trato no despersonalizado y frío de la economía monetaria radicará justamente en la disociación de la pertenencia a diferentes círculos sociales. En unos se pondrá entre paréntesis las diferencias cualitativas del individuo, mientras que otros estarán en consonancia con sus inclinaciones personales (Watier, 2005). Pero a su vez esto implica que la persona siempre se encontrará escindida entre esos múltiples espacios. Si en Durkheim la comunidad en forma de asociaciones profesionales podía reintroducirse contra la anomia en las modernas sociedades especializadas (pero particularmente como propuesta para la Francia de su tiempo), aquí la noción misma de comunidad en su sentido de cohesión se vuelve problemática. Si utilizamos un concepto contradictorio como comunidad fragmentaria, es porque creemos que refleja justamente esa misma dualidad, en el sentido de que el individuo ha perdido necesariamente algo de esa

Pablo Figueiro. Dinero y modernidad en Simmel: De la “comunidad vital” a las “comunidades fragmentarias”.

Papeles de Trabajo, Año 7, N° 12, 2° semestre de 2013, pp. 191-211.

unidad primaria en el mismo proceso que le ha otorgado una mayor libertad y una mayor especificidad y determinación de su Yo.

Bibliografía

- AGLIETTA, M. y ORLÉAN, A. (1990): *La violencia de la moneda*. Siglo XXI Editores, México.
- BILBAO, A. (2000): “El dinero y la libertad moderna”, en: *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, N° 89. P. 119-139.
- DE BLIC, D. y LAZARUS, J. (2007): *Sociologie de l'argent*. La Decouverte, París.
- DE MARINIS, P. (2005): “16 comentarios sobre la(s) sociología(s) y la(s) comunidad(es)”, en: *Papeles del CEIC*, n° 15, CEIC (Centro de Estudios sobre la Identidad Colectiva), Universidad del País Vasco.
- DE MARINIS, P. (2010): “Sociología clásica y comunidad: entre la nostalgia y la utopía (un recorrido por algunos textos de Ferdinand Tönnies)”, en: de Marinis, Pablo; Gatti, Gabriel; Irazuzta, Ignacio (Eds.): *La comunidad como pretexto. En torno al (re)surgimiento de las solidaridades comunitarias*. Editorial Anthropos y Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, Barcelona y México DF.
- GIL VILLEGAS, A. (1997): “El fundamento filosófico de la teoría de la modernidad en Simmel”, en: *Revista Estudios Sociológicos*, XV: 43, México.
- HABERMAS, J. (2002): “Epílogo: Simmel como intérprete de la época”, en: Simmel, Georg: *Sobre la aventura. Ensayos de estética*. Ediciones Península, Barcelona.
- LORDON, F. y Orléan, A. (2007): “Gènese de l'état et gènese de la monnaie: Le modèle de la potentia multitudinis”, en: Y. Citton y F. Lordon: *Spinoza et les sciences sociales*, Éditions Amsterdam, París.
- MARTUCCELLI, D. (1999): *Sociologies de la modernité*. Gallimard, París.
- MAUSS, M. (1971) [1914]: “Los orígenes de la noción de moneda”, en: *Obras completas*, t. II, Barral Editores, Barcelona.
- NISBET, R. (2003): *La formación del pensamiento sociológico*, Tomo I. Amorrortu, Buenos Aires.
- ORLEAN, A. (1992): “La monnaie como lien social”, en: *Genèses*, N° 8, Junio 1992. P. 86-107.
- POGGI, G. (2006): *Dinero y modernidad. La filosofía del dinero de Georg Simmel*. Nueva Visión, Buenos Aires.
- RAMOS TORRE, R. (2000): “Simmel y la tragedia de la cultura”, en: *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, N° 89. Pp. 37-71.
- SIMMEL, G. (1939): *Sociología*, dos tomos. Espasa-Calpe Argentina, Buenos Aires.
- (1977): *Filosofía del dinero*. Instituto de Estudios Políticos, Madrid.
- (2002a): “La metrópoli y la vida mental”, en *Sobre la individualidad y las formas sociales*. Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires.
- (2002b): “¿Cómo es posible la sociedad?”, en: *Sobre la individualidad y las formas sociales*. Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires.
- (2002c): “El conflicto en la cultura moderna”, en: *Sobre la individualidad y las formas sociales*. Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires.
- (2002d): “El concepto y la tragedia de la cultura”, en: *Sobre la aventura. Ensayos de estética*. Ediciones Península, Barcelona.

Pablo Figueiro. Dinero y modernidad en Simmel: De la “comunidad vital” a las “comunidades fragmentarias”.

Papeles de Trabajo, Año 7, N° 12, 2° semestre de 2013, pp. 191-211.

——— (2002e): “El problema de la sociología”, en: *Sobre la individualidad y las formas sociales*. Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires.

——— (2002f): “La expansión del grupo y el desarrollo de la individualidad”, en: *Sobre la individualidad y las formas sociales*. Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires.

——— (2002g): *Cuestiones fundamentales de sociología*. Gedisa, Barcelona.

THÉRET, B. (2008): “Os três estados da moeda. Abordagem interdisciplinar do fato monetário”, en: *Economía e Sociedade*, Campinas, V. 17, n.1 (32), p.1-28, abr. 2008.

VANDENBERGHE, F. (1997): *Une histoire critique de la sociologie allemande. Aliénation et réification. Tome I : Marx, Simmel, Weber, Lukács*. La Découverte y Syros, París.

VERNIK, E. (2009): *Simmel, sociólogo de la vida*. Editorial Quadrata, Buenos Aires.

WATIER, P. (2005): *Georg Simmel, sociólogo*. Nueva Visión, Buenos Aires.

ZELIZER, V. (1994): *The Social Meaning of Money*. Basic Books, New York.

——— (2008): “Pasados y futuros de la sociología económica”, en: *Apuntes de Investigación del CECYP*, N° 14. Pp. 94-112.

——— (2009): *La negociación de la intimidad*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

Recibido: 26/04/2013. Aceptado: 30/10/2013.